

En todo caso, visto superficialmente el cuadro de algunas de las dificultades que ha de salvar cualquier estudio interpretativo de la región, siempre se puede recurrir a un empirismo similar al de los viajeros como Froude y Labat. Si tomamos este punto de vista podríamos convenir con Labat en que la simple observación indica la presencia de rasgos culturales comunes en la cuenca del Caribe, los cuales son producto de la compleja interacción de componentes indoamericanos, europeos, africanos y otros predominantemente asiáticos, a través de procesos que, según su enfoque, conocemos por «sincretismo», «transculturación», «aculturación», «asimilación», «deculturación», «indigenización», «criollización», «mestizaje cultural», «cimarronaje cultural», etc. —nomenclatura abundante que refleja la complejidad del fenómeno desencadenado por el choque de etnias y la variedad de posiciones desde las cuales éste puede *sentirse*. También es posible apreciar que una proporción significativa de estos rasgos culturales no se presentan en otras partes de América, o si se presentan —hay que recordar que la esclavitud africana fue un hecho generalizado en todo el Continente— allí poseen otra calidad, otra jerarquía, lo cual da pie para hablar de una «cultura caribeña», e incluso de una «civilización caribeña».

Sin embargo, el argumento de la existencia de una identidad cultural caribeña es discutido por no pocos investigadores. El reparo más serio que se le hace hoy en día parte de un hecho concreto: la ausencia de una conciencia caribeña; esto es ¿puede haber una identidad caribeña cuando los caribeños no son conscientes de lo Caribeño? Sobre este particular el historiador dominicano Moya Pons dice lo siguiente:

Para la mayoría de la población del área, hablar del Caribe sólo tiene significado como algo que es conveniente para las clases de geografía. Para la mayor parte de los pueblos de la región, el Caribe no existe como comunidad viva, con aspiraciones e intereses comunes. En la práctica, parece más sensato pensar en varios Caribes que coexisten unos junto a los otros. Aunque se dice con frecuencia que las economías locales siguen un mismo modelo, la realidad es que tanto la cultura como las estructuras sociales varían considerablemente, y, consecuentemente, los estilos de vida y los comportamientos políticos difieren entre sí.⁴

No hay duda que hay mucho de cierto en las palabras de Moya Pons. Un haitiano o un martiniqueño se sienten más cerca de Francia que de Jamaica, y un puertorriqueño se identifica mejor con los Estados Unidos que con Surinam. ¿Cómo es posible entonces asegurar que existe una cultura caribeña?

Ahora bien, quizá el mejor camino para llegar a definir alguna forma sustancial de identidad caribeña no sea el de la cultura. Acerca de esta posibilidad, afirma Sidney W. Mintz:

Para empezar, es incorrecto referirse al Caribe como «área cultural», si por ello entendemos un cuerpo común de tradiciones históricas. Los muy diversos orígenes de las poblaciones caribeñas; la compleja historia de las imposiciones culturales europeas; y la ausencia en la mayoría de tales sociedades de una verdadera continuidad de la cultura del poder colonial ha resultado en un cuadro cultural muy heterogéneo. Y sin embargo las *sociedades* del Caribe —tomando la palabra «sociedad» para referirme a formas de estructura social y organización social— presentan similitudes que bajo ningún concepto pueden atribuirse a una mera coincidencia. Probablemente

⁴ Frank Moya Pons, «Is There a Caribbean Consciousness?», *Americas*, (agosto 1979), p. 33. La traducción al español es mía.

sería más correcto (aunque formalmente difícil de manejar) referirse al Caribe como «*societal area*», considerando que sus sociedades componentes comparten probablemente muchos más rasgos socio-estructurales que culturales.⁵

A continuación, Mintz ofrece un ensayo que ha llegado a ser un texto clásico en la bibliografía sobre el Caribe, no tanto por lo innovador como por lo articulador. Considerando cuidadosamente las fundamentales diferencias y semejanzas dentro del área, Mintz arriba a la conclusión de que la gran mayoría de las naciones caribeñas presentan estructuras socio-económicas paralelas entre sí, las cuales fueron determinadas por un mismo fenómeno concurrente: la Plantación. Esto es, independientemente de que la economía de plantación existió en otras zonas del continente americano, es sólo en la región del Caribe donde su dinámica conforma un modelo dado de organización económica y estructura social, el cual se hace presente con más o menos vigencia desde los tiempos coloniales hasta la actualidad. De ahí que el Caribe pueda ser definido como «*societal area*».

Sin entrar ahora a discutir los pormenores de esta forma de identidad caribeña, ajena a la problemática cultural, hay que concluir que, bien sea a través de un enfoque económico, político, social o antropológico, *sólo* es posible explicar el Caribe a partir de la Plantación. En efecto, tanto sus diferencias y semejanzas internas, como sus diferencias y semejanzas respecto al mundo, a Europa, a Africa, a Asia y al resto de América, deben establecerse a partir de la Plantación. Más allá de su naturaleza —azúcar, tabaco, café, cacao, añil, algodón—, más allá de la potencia imperialista que la hubiera fomentado —España, Portugal, Inglaterra, Francia, Holanda—, más allá de la época en que constituyó la economía dominante en una u otra colonia, la Plantación resulta el más válido instrumento de análisis global, comparativo, particular o interdisciplinario que cualquier otro que pudiera utilizarse para estudiar el área, aun en el caso de que se intente demostrar la ausencia de una identidad caribeña o de una cultura caribeña. Esto es así porque, constitutivamente, el Caribe fue modelado por Europa *para* la Plantación, y las coincidencias históricas que muestran los distintos territorios de la región aparecen inevitablemente ligadas a ese destino, el cual fue impuesto primeramente por el mercantilismo absolutista ibérico, luego por el mercantilismo desarrollado propio de Inglaterra, Francia y Holanda, y después por los requerimientos de la Revolución Industrial. Así, para responder la pregunta con que inicié este epígrafe —¿Existe una cultura pan-caribeña?— haría falta primero comentar someramente las incidencias que rodearon la génesis y el desarrollo de la economía de plantación y su impacto en las estructuras sociales del área.

Las primeras plantaciones caribeñas

Es curioso que un hombre como Froude, profesor de historia en viaje de observación política por el Caribe y representante de los intereses conservadores del Imperio Británico, haya censurado a sus compatriotas por no actuar tan «constructivamente» como

⁵ Sidney W. Mintz, «*The Caribbean as a Socio-Cultural Area*», *Cahiers d'Histoire Mondiale*, IX, No. 4 (1966), pp. 914-915. La traducción al español es mía.

los españoles, sin caer en cuenta de que las ostensibles diferencias que veía entre Kingston y La Habana no se debían a factores éticos o cívicos, sino a fenómenos económicos cuya dinámica repercutía en los medios socio-culturales, y que tenían su origen en el modo particular con que las colonias españolas experimentaron la Plantación.

Las primeras plantaciones caribeñas se extendieron en La Española hacia la segunda década del siglo XVI. Tanto Bartolomé de las Casas como Fernández de Oviedo dan cuenta en sus respectivas *Historias* del florecimiento de los ingenios azucareros, al tiempo que ofrecen importantes datos sobre los inicios de la manufactura. La plantación de azúcar surgió en La Española espontáneamente, como posibilidad de sobrevivencia de los colonos, ya que la isla, agotada de indios y de oro, era abandonada masivamente ante la fiebre de los nuevos descubrimientos y el llamado a la riqueza que llegaba de México. La Corona, que ya había consentido en suministrar esclavos africanos para suplir la crítica escasez de mano de obra indígena en la extracción de oro, propició el desarrollo de las plantaciones de azúcar con préstamos, moratorias de deudas, exenciones de gravámenes, equipamiento manufacturero, asesoramiento técnico y, sobre todo, autorizando crecientes introducciones de esclavos para garantizar su funcionamiento. Habría que decir, no obstante, que si bien estas primeras plantaciones fueron obra de la iniciativa de los colonos de La Española, los primeros prototipos habían nacido en el Mediterráneo oriental cerca de tres siglos atrás, moviéndose hacia el oeste en la medida en que se perfeccionaban, ajustándose a las prácticas mercantiles portuguesas y españolas. En realidad, puede decirse que el último oro de La Española fue beneficiado a través de un modelo de explotación y organización del trabajo muy próximo al de las plantaciones atlánticas.⁶

Protegidas por la Corona, las plantaciones de azúcar se extendieron con relativa rapidez, moliéndose la caña en dos tipos de ingenios: el *trapiche* (movido por fuerza animal) y el *ingenio poderoso* (movido por fuerza hidráulica). De La Española, la plantación azucarera pasó a Jamaica, a Puerto Rico, a Cuba y, finalmente, a Tierra Firme.

Las exportaciones de azúcar a Sevilla comienzan en 1517 con una modesta «caxeta»; pero cinco años más tarde llega de La Española una nave cargada con 2.000 arrobas de azúcar, y en 1525 ya se habla de «tres naos cargadas de panes de azúcar». En 1542 las exportaciones de la isla alcanzaban la cifra de 1.200 toneladas largas, suma impresionante para la época.⁷ El número de ingenios en La Española llegó a crecer tanto, que el famoso Alcázar de Toledo fue construido en parte con el dinero recaudado por la Corona mediante un impuesto sobre el azúcar que de la isla llegaba a Sevilla.

Con respecto a otras colonias, se habla de treinta ingenios en Jamaica en 1523, y de diez ingenios en Puerto Rico, los cuales producían unas 170 toneladas. Hacia la segun-

⁶ Oviedo ofrece una ilustrativa descripción al respecto. La base de organización del trabajo era la batea, entendiéndose por tal el recipiente que se llenaba de arena o tierra para ser lavada y así separar el oro; una batea suponía el trabajo de cinco indios: dos «cavadores», dos «portadores» y un «lavador». Al mismo tiempo el beneficio del oro exigía la construcción de barracas para los indios e instalaciones dedicadas a sembrados, cocina y manutención. Los distintos puestos de trabajo se desempeñaban de acuerdo con el sexo, la edad y la resistencia física del indio encomendado.

⁷ Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978), pp. 371-372.